

José María Valverde

(APUNTE PARA UN RETRATO)

Este José María con frase y gesto tardos
es como un niño grande que escribiera poemas
sin malicia ni oficio, sencillamente hablando;
es como un dulce pájaro que narra primaveras.

«Hombre de Dios me llamo», nos ha dicho en un libro
escrito día a día con la fe y el acento
de los iluminados; hombre de Dios, herido
por necesarias dudas de corazón adentro.

Y como un niño grande, sentado en el recodo
de cualquier sueño antiguo, su libro más reciente
dice, verso tras verso, la espera del gozoso
instante en que su amor una muchacha estrene.

Este es José María, de ademanes pausados,
tal como lo conozco: un poco niño grande,
un mucho gran poeta. Sencillamente hablando
puede explicarlo todo: su voz cuenta verdades.

JUAN EMILIO ARAGONES

POESIA y CONOCIMIENTO

A Isabel Romero y Sánchez - Arjona.

SIEPRE he pensado que la prócer función del poeta es de nobleza tan extremada que apenas si merece que se la nombre así. Un filósofo señero, el profesor Arellano, ha dictado ya una lección acabada sobre *El Arte Poético* como ocupación vital. Es indudable que la poesía, a fuerza de fuerza exclusivista, llena y rellena la vida del poeta, y colma hasta tal punto su corazón, que rebosa los vasos del trovador hasta dejarlos exhaustos y acabar con todo otro contenido que no sea la fragante melodía de las estrellas.

Por eso no puede menos de resultarnos extraña cualquier duplicidad del escritor lírico y más que ninguna su respetable oficio de crítico y profesor, cuando va avalado por verdadera vocación. Estos poetas críticos son poetas de la crisis, cantores decadentes, revelantes de la tremenda fisura aparecida en la autenticidad de la poesía.

Quizá sea en América del Norte donde con más frecuencia se da el caso del escritor que comparte el dulce coloquio de las musas con las funciones severas y beneméritas de la crítica. Basta ojear, para convencerse de ello, la *Kenynyoh Review* o la *Sewanee Review*, que nos asocian en seguida los nombres de Ransom, Tate, Brooks y Warren. Cabría preguntarse si este fenómeno es una consecuencia de lo que Norteamérica representa en el panorama general de la historia. Siendo la cultura norteamericana una prolongación de la cultura de Europa —de la crisis de la conciencia europea— nada tiene de particular que su clima sea propicio a la floración de unos poetas de invernadero, flores artificiales características de la infidelidad a la pureza inmaculada de la poesía.

La creación poética es parte integradora de lo único del mundo que no puede problematizarse, lo único que no puede explicarse —y seguimos aquí la taxología cabiana—. Así se comprende que nos llame tanto la atención a los contempladores ingenuos el que algunos poetas sean los propios comentaristas de su poesía. Es algo axiomáticamente peculiar de toda poética el carecer en absoluto de subjetividad intencional. La intención de un poema puede revelarse al lector, a quien leyéndolo lo siente; ya es más difícil que se revele al «otro», si con sinceridad procede; y es evidentemente imposible que se manifieste a su autor, ya que éste debe crearlo divinamente, con torrencial espontaneidad, en un puro juego genesiaco del sol, la luna y las azucenas.

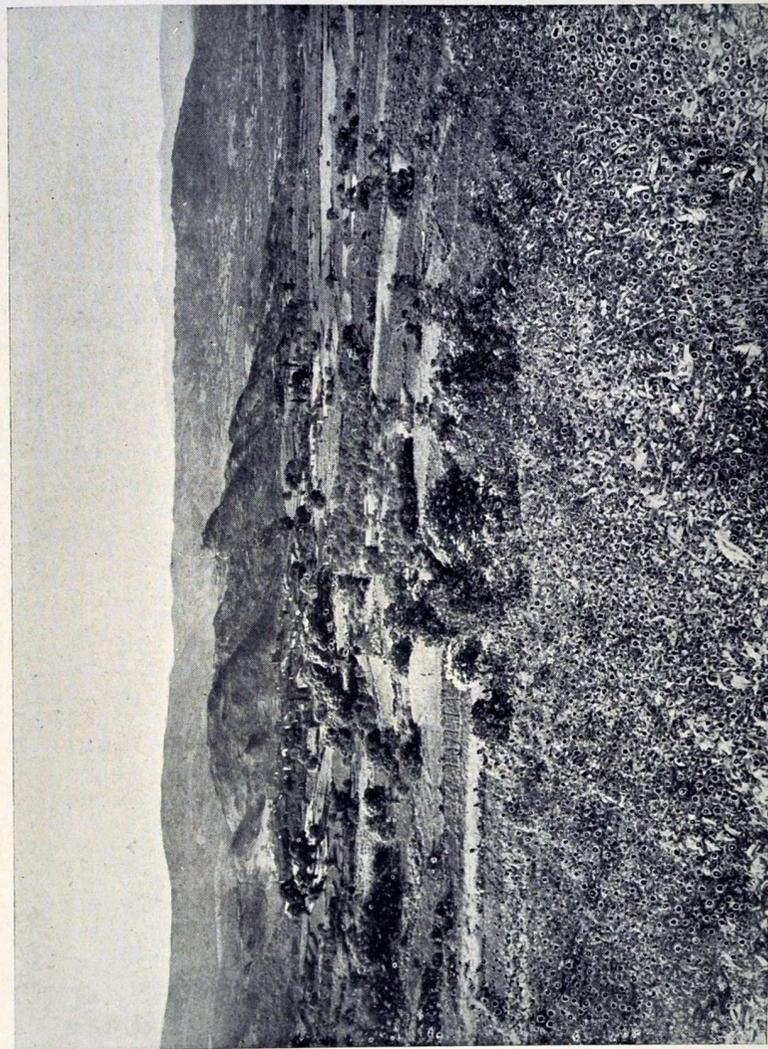
El hecho mismo de que la lírica vaya siendo invadida y corroída por la racionalidad iluminista es el signo más alarmante de nuestra época. La expansión del poeta hacia otros campos, el de la historia,

por ejemplo, constituye una señal saludable de crecimiento y victoria para la intuición. Pero, por desgracia, al lado de estas manifestaciones expansivas surge vigoroso un movimiento que pretende obtener de la razón sus últimas consecuencias, y monopoliza, no sólo las actividades que parecen naturalmente pertenecerle— la investigación filosófica—, sino también aquellas aspiraciones que imperativamente deben ser creencias arraigadas en las honduras del hombre. Ha llegado a decirse que la poesía en su aspecto más importante es cognición— una manera de entender la condición humana— mas bien que emoción— una música que causa placer (Netherton)—. Este mismo aire de definición dogmática está ya cargado de «énfasis intelectualista», pues no se trata de contrarios plausibles ni de antagonismos aceptables. Un encasillamiento de la creación poética en el concepto de música gozosa, sensual, es una tentativa actualmente superada, que quedó atrás jadeante, con los últimos romanticismos. Aquello era verso más que poesía, imagen sensorial, armonía sin mácula en el superior de los casos, que caracoleaba coruscante en la oreja aún más que en el oído de aquél a quien iba destinada. Estrofas para auditorio, con destino a ser leídas con voz engolada, no para leerse o mejor para que sean sentidas en la intimidad recoleta del estudio. Sin embargo, tampoco es cierto que la poesía sea una manera de entender, un procedimiento cognoscitivo fundamentado en la verificación maximal de valores intelectuales. Las propiedades de los sentidos jamás podrán ser el «símbolo de la contemplación del poeta»; la inteligencia pura, el entendimiento, nunca logrará cautivar lo que de poético hay en el mundo. (Corresponde a otro momento la discusión de si a la inteligencia en sí le corresponde sola el papel de instrumento adecuado para captar la esencia de las cosas). Se impone el trueque de la admiración por la pasión amorosa— y no se olvide la estirpe aristotélica de aquella ni el origen platónico del eros. El poema, por cuya belleza cantaba el celeste Juan Ramón

«que así es la rosa»,

anda hoy ligeramente despistado por los senderos del firmamento, menguado de solicitudes; mas no se entregará nunca a quien no se acerque a él, tremante de emoción, con corazón enamorado. Cabe la posibilidad de que la literatura, tal vez la poesía, terminen por ser una forma de conocimiento. Pero a éste sólo se llegará, como en la oscura lejanía bíblica, por los caminos inescrutables del misterioso amor eviterno.

FRANCISCO MONTES BRAVO



ALBUM EXTREMEÑO.— Vista general de la Sierra de Gata